

Mario Vargas Llosa
y Claudio Magris

La literatura es mi venganza

Prólogo de Renato Poma



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: foto © Maria Jou Sol

Primera edición: noviembre 2014

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Mario Vargas Llosa, 2011

© Claudio Magris, 2011

© Prólogo: Renato Poma

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6374-1

Depósito Legal: B. 21421-2014

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Prólogo, por Renato Poma

Alguien, con razón, afirmó que uno de los significados de dialogar, entre otros muchos, es involucrarse. Y esto es lo que hicieron Claudio Magris y Mario Vargas Llosa cuando, en una húmeda y gris tarde limeña, aceptaron dialogar acerca de «Novela, cultura y sociedad» invitados por el Instituto Italiano de Cultura de Lima.

Los dos escritores ya habían tenido la oportunidad de dialogar tiempo atrás con ocasión de la Feria del Libro de Guadalajara. Sin embargo, el tema del encuentro –tan arduo e ilimitado– encontró a los dos interlocutores particularmente atentos y con el deseo, dictado por la mutua estima, de afrontar un tema que, aunque grandilocuente y, quizás, un poco retórico, coincide con la concepción

que ambos tienen de la literatura vista como experiencia total.

La experiencia literaria nos demuestra que —contrariamente a lo que creía Hegel— no siempre lo real es racional y tal vez el deber de la literatura consista justamente en explorar esa tierra de nadie que es el alma humana, con sus impulsos y sus contradicciones, en el intento de ayudarnos a comprender el caos en el que está inmersa nuestra existencia. Esto es lo que parecen sugerir los dos escritores cuyas obras muestran cómo el análisis y el estudio apasionado del gran teatro de la vida en el que transcurre la aventura humana, y el relato que de ella encontramos en los libros, ofrecen al final una respuesta al misterio que nos rodea, aun cuando tímida y opaca; y estas respuestas, acaso parciales y tal vez contradictorias, intentan arrojar luz sobre una realidad que nos parece, por un instante, liberarse de la niebla que la rodea.

La gran literatura es una extraordinaria forma de conocimiento de lo real y representa, según Vargas Llosa, un instrumento insustituible para poner en orden la realidad, que es en sí misma esencialmente caótica. El escritor, el verdadero escritor —afirma Magris—, es el que logra identificar un orden oculto en lo grotesco y en lo absurdo de la existencia. La litera-

tura es por lo tanto exploración del mundo y de los abismos de lo humano y es justamente en esta peculiar función suya donde el ejercicio literario se vuelve cultura, es decir, se convierte en visión del mundo.

Ernesto Sábato, uno de los grandes literatos del siglo XX que, como pocos, ha sondeado los territorios más oscuros e inquietantes del alma humana, afirma en un célebre escrito que existe una escritura «nocturna» queriendo decir con esto que, en determinados momentos, la pluma del escritor se mueve no tanto por el hombre racional que la sujeta, sino por la misteriosa intimidad que lo habita, por los fantasmas que se esconden en lo profundo de su ser. Esta misteriosa condición, que implica la aparición durante la creación artística de una especie de estado prerracional, es compartida abiertamente por nuestros autores, quienes dentro de su estrecho diálogo se detuvieron en el momento irracional que mora en cada uno de nosotros y en las criaturas imaginarias que pueblan nuestro interior y que misteriosamente se asoman adquiriendo vida en los libros.

Esto, y mucho más, es cuanto ha surgido del encuentro de los dos escritores, ligados ambos por un indiscutible amor por la libertad y por los riesgos que ésta inevitablemente —como afirma Vargas Llosa— da

por sentado; unidos al reconocerse en una forma de noble engagement que los lleva a manifestar en cada sede su pasión civil y en un compromiso ético constante basado en la incansable afirmación de valores fundamentales y —precisa Magris— no negociables.

Escucharlos dialogar con pasión sobre la Odisea y sobre Don Quijote o sobre la concepción del tiempo dentro de la novela contemporánea, observar con cuánto garbo y decisión motivan sus afirmaciones acerca de los problemas de nuestro tiempo, la democracia, los derechos, las identidades, las debilidades y al mismo tiempo la importancia de la política, verlos comprometidos en construir, a través del diálogo, un momento de reflexión que simboliza su compromiso civil y cultural, todo ello infunde una cierta seguridad porque significa que, a pesar de todo, la inteligencia y el sentido cívico, la voluntad de entender el mundo y de transformarlo a través del arte, la razón y la pasión no desaparecen, aún son una brújula indispensable para afrontar nuestro tiempo.

El presente diálogo entre Mario Vargas Llosa y Claudio Magris, organizado por el Instituto Italiano de Cultura de Lima, tuvo lugar en la Biblioteca Nacional del Perú, en la ciudad de Lima, el día 9 de diciembre del año 2009.

Los vasos comunicantes: novela y sociedad

**¿Son claros los vínculos hoy entre novela,
cultura y sociedad?**

CLAUDIO MAGRIS:

Es una experiencia fundamental dialogar con Mario Vargas Llosa, uno de los grandes escritores del mundo, que desde hace años forma parte no sólo de mi cultura sino de mi vida, y con el cual siento que tengo muchas cosas en común: temas, interrogantes acerca de la vida y sobre la manera de contarla, problemas centrales como la identidad con su necesidad y sus peligros. Existen algunos escritores, grandes también, que enrique-

cen nuestra cultura, pero mucho más relevantes en nuestra aventura existencial son aquellos escritores que, con su fuerza fantástica y poética, entran en nuestra vida, en nuestro modo de sentir el tiempo, la historia, el encuentro del individuo con la totalidad. Escritores que nos hacen entender que continuamente es necesario intentar comprender las cosas y afrontar la dificultad, a veces incluso la incapacidad, de comprender. Escritores, por lo tanto, que se convierten en parte de nosotros. Y por eso me siento honrado de ser partícipe de este diálogo.

No es la primera vez que me encuentro con Mario Vargas Llosa. Conversamos en público años atrás en la Feria del Libro de Guadalajara y escribimos, para el volumen sobre la novela publicado por Einaudi en Italia, él una introducción con el título «¿Puede existir el mundo moderno sin la novela?», y yo un epílogo titulado «¿Puede existir la novela sin el mundo moderno?». No creo que esta consonancia sea una casualidad. Recientemente he terminado de leer su admirable libro de ensayos *Sables y utopías*. Me sentí como en casa en aquellas páginas memorables; por ejemplo –pero es sólo un ejemplo, entre

tantas afinidades electivas que encontré en aquel libro— aquella afirmación de la literatura como rebelión contra el orden y la creación, un orden de tantas sociedades y muchas veces también del mundo, una rebelión en la cual es posible ser también perdedores.

Don Quijote es un perdedor. En esa derrota hay una revelación sobre la verdad; una revelación que, en cierta manera, es también una victoria, porque enriquece la vida con un elemento fundamental. No es una casualidad que un libro mío, titulado *Utopía y desencanto* —otra consonancia, desde el título—, se inspire en este personaje. Don Quijote yerra cuando dice que la bacía del barbero es el yelmo de Mambrino, porque aquél no es el yelmo de Mambrino, sino una bacía de barbero. Pero él nos hace entender que aquélla no es solamente una bacía de barbero, que las cosas tienen una poesía propia no reducible a su función y necesitan esa poesía, porque no son solamente bacías de barbero. Lo saben muy bien los niños cuando juegan con un barco de papel y dicen que es un galeón; son muy conscientes, a diferencia de don Quijote, de que ése es un barco de papel, pero saben también lo

que nosotros tan frecuentemente olvidamos y que los escritores nos ayudan a recordar, que aquél no es sólo un barco de papel, sino también un galeón que, en la fantasía y en la vida de ellos, que son muy reales, atraviesa el océano.

También la utopía es derrotada en su pretensión de tener la receta para salvar al mundo o incluso de haberlo ya salvado y de haber ya creado el paraíso en la tierra, como han creído o han querido hacer creer tantas utopías derribadas. Pero la derrota de la utopía, de cada utopía –poco importa si asentimos o no a ella–, ayuda a entender que el mundo necesita ser mejorado y que es indispensable continuar mejorándolo: corrigiendo el camino que se ha emprendido cuando nos percatamos de que es el equivocado, imaginando otros caminos. En esta necesaria fantasía, la literatura tiene una gran función también respecto a la sociedad; no seguramente en proponer programas políticos o ideológicos, sino en hacer sentir, experimentar esta necesidad aventurera de crear cada vez un mundo nuevo.

Hay también otra característica que –teniendo en cuenta las debidas proporciones de grandeza– nos une. Y es la relación entre la escritura

que inventa (la *fiction* que finge, podríamos decir incluso que «miente») y el empeño por la verdad, ineludible en nuestra confrontación con el mundo y la necesidad de cambiarlo. En la recopilación de ensayos que he citado, Vargas Llosa denuncia el abandono del empeño en la literatura contemporánea, en la cual, al parecer, muchos autores han renunciado a lo que una vez se llamaba el *engagement*. Él añade además que en América Latina un escritor no es solamente un escritor, sino que debe ser también otra cosa. Pero dice también que a veces somos lacerados por nuestros propios demonios y por los propios deberes hacia la causa pública y que, en ese caso, es necesario permanecer leales, en primer lugar, a nuestros propios demonios. He aquí otro problema fundamental para la literatura que con frecuencia es también una contradicción. Existe el intelectual que se entrega esencial y explícitamente a la causa pública y existe el escritor que se halla esencialmente cautivado en el combate con sus propios demonios. ¿Qué ocurre cuando un escritor es ambas cosas, como seguramente lo es él y lo soy yo también? Es decir, ¿cuando tenemos la impresión de que estas dos caras son las

caras de la misma moneda, que son una sola cosa y al mismo tiempo son también muy diferentes y, sobre todo, cuando nos damos cuenta de que la escritura que nace de una es muy diferente de la que nace de la otra?

Leer *La casa verde* o *Conversación en La Catedral* o muchos otros libros de Vargas Llosa es similar pero también muy diferente a leer *Sables y utopías*. El estilo, la lengua son radicalmente diferentes porque en un caso se trata de un lenguaje que quiere explícitamente definir, juzgar, defender o combatir, mientras que en el otro caso se trata de un lenguaje que quiere esencialmente narrar, hacer vivir las contradicciones más que resolverlas o juzgarlas. En un caso no se puede, en el otro se puede y a veces se debe deformar la realidad para entender su sentido y la verdad más profunda.

No creo, sobre todo en lo que concierne al estilo, que se trate de una elección deliberada, porque un escritor no elige sino que hace lo que puede, o bien lo que debe; es la historia, el objeto los que le dictan por así decir el estilo, la sucesión paratáctica de las claras y netas definiciones o, al contrario, la estructura hipotáctica que in-